



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

EL ACCESO A DIOS
DESDE EL PENSAMIENTO DE LEONARDO POLO
ENCARNACION BARCELO RUBIO

Planteamiento.

Alma, mundo y Dios han sido siempre los tres grandes temas de la filosofía, porque a través de la historia el hombre siempre se ha cuestionado cuál es su origen, cuál es el origen del universo, y que ocurrirá después de la muerte: ¿tras ella acaba todo?, o, por el contrario, ¿existe otra vida?

La mitología egipcia indica que cuando una persona muere su alma es llevada en la barca que guía Aqueronte y que transita por diferentes ríos hasta llegar al reino de los muertos; después continuará su viaje hasta la vida eterna. Diferentes culturas y diferentes mitos han tratado estos temas inquietantes porque, desde siempre, al hombre le ha repugnado pensar que tras la muerte todo termine; se niega a aceptar que partamos de la nada, vivamos un tiempo, y luego volvamos otra vez a la nada. Es más, si siguiéramos este planteamiento, toda la vida se reduciría a ser como un paréntesis entre dos olvidos; la esperanza

desaparecería y solo quedaría un nihilismo y un rebajamiento ontológico tan grande, que no podría ser asumido ni por la inteligencia ni por el corazón del hombre tan lleno siempre de anhelos e inquietudes.

El filósofo, buscador de la verdad, ha vuelto una y otra vez sobre estas mismas cuestiones, encontrando diferentes respuestas desde diferentes modos de pensamiento; son preguntas que, a lo largo del acontecer histórico, han sido formuladas de diversas maneras por distintos pensadores. No obstante será Kant quien las exprese de manera clara y precisa - incluso pudiera decirse que clásica- al exponer su conocido planteamiento: ¿Quién soy yo?, ¿Qué debo creer? ¿Qué puedo esperar?

Hoy, en nuestro tiempo, cabe preguntar: ¿Estos cuestionamientos siguen acuciando al hombre actual? ¿Juegan un papel importante en sus inquietudes, o por el contrario, parece que van pasando a un segundo plano? ¿Nuestra sociedad se parece a la de épocas pasadas, o ha experimentado tantos cambios que la hace ser totalmente diferente? Responder a estos interrogantes conlleva hacer un examen, aunque sea breve, desde dos puntos de vista: el histórico y el filosófico-teológico.

- Desde el punto de vista histórico, encontramos una sociedad que es a-religiosa, que ha entrado en crisis y que afronta una pérdida de valores; en consecuencia, se ve al hombre desorientado y viviendo en un mundo cuyas preocupaciones giran, principalmente, en torno al ocio o al consumo; al hombre de nuestro tiempo lo encontramos fuertemente presionado por el estrés, por el influjo publicitario y por los grandes avances tecnológicos que culminan en la revolución digital y sus posibles consecuencias: el transhumanismo y el posthumanismo.

Como colofón volvemos a tropezar con la traída y llevada lucha de clases marxista, que atravesó todo el S. XX, y que ahora vuelve con otra cara, porque se ha reconvertido en lucha Woke, feminismo o ideología de género; tres enfoques, que sin la menor duda, suponen planteamientos claramente en contra de la dignidad de la persona. Hoy podemos decir

que nos movemos en una sociedad que obstaculiza y no deja espacio para la reflexión ni la búsqueda de respuestas.

- Desde el punto de vista filosófico el panorama que aparece tampoco es, ni mucho menos, alentador. Desde Ockham ya no se encuentran respuestas satisfactorias a las inquietudes del hombre; Ockham propone un Dios tan autoritario, tan terrible, tan arbitrario, que desposee a la criatura de su esencia, pudiendo incluso llegar a engañarla. La sombra de ese Dios ockhamista, tan lejana del Ser de Dios, se ciñe sobre toda la Edad Moderna y es tan amenazante, que contra ella va a rebelarse el racionalismo cartesiano, el voluntarismo de Kant, o el superhombre de Nietzsche. Al llegar al s. XX nos encontramos con la deconstrucción de Derrida y el pensamiento débil de Vattimo: con ellos se van a completar estos eslabones. Ciertamente en esta trayectoria hallaremos también a los filósofos personalistas que tratan de encontrar el camino, y responder, desde un enfoque filosófico, cristiano o teológico, a los cuestionamientos kantianos; sin embargo, parece que no terminan de acertar en la diana, porque les falta fundamento metafísico y porque al hombre actual, imbuido de autosuficiencia, pragmático, a-religioso e inmerso en la revolución digital, dichas respuestas parece que no le satisfacen.

Ciencia-razón-tecnología-ocio-consumo: esos son los pilares en los que asentar la vida actual. Puede parecer que el hombre se contente con esos hallazgos y que también se considere satisfecho con una información amplia, rápida, capaz de ser difundida casi instantáneamente, en cualquier parte de este mundo global en el que vivimos; es una información tan abundante y que circula con una rapidez tan vertiginosa, que no deja espacio para la contrastación o la reflexión; es como una vorágine. Pudiéramos decir que todo el ambiente en el que se mueve el hombre del s. XXI, aparenta estar pensado para ahogar cualquier pregunta que lo trascienda o que lo lleve a mirar de tejas arriba.

No obstante, y a pesar de los pesares, las tres grandes cuestiones kantianas siguen anidando en lo más profundo del corazón humano, que no termina de sentirse satisfecho porque más allá de la tecnología o de lo puramente material, siguen latiendo los anhelos más profundos del hombre que aún no han sido ahogados definitivamente; ni nunca lo serán, porque la afirmación que hiciera S. Agustín allá en el s. IV, aún sigue y seguirá siendo válida: "Nos hicisteis para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no halle descanso en ti"¹.

Al llegar a este punto cabe preguntar: Entonces, ¿cómo superar esta encrucijada? ¿A dónde acudir para encontrar respuestas acordes a la sociedad y al hombre de hoy? ¿Dónde hallar esas afirmaciones capaces de satisfacer los anhelos profundos de la persona humana?

1. El abandono del límite mental

Como respuesta a estos interrogantes Polo indica que la filosofía hoy es más necesaria que nunca porque, la filosofía busca la verdad: si renunciamos a la verdad y nos quedamos solo con lo útil veremos cómo lo útil, al final, puede convertirse en inútil o perjudicial. Además, lo útil es inferior a lo bueno; por tanto, lo útil, o lo tecnológico, no puede ser un sustituto de la verdad; por eso se hace necesario encontrar una salida que salve el bache en el que la filosofía se encuentra.

Ahora bien, cuando uno se decide a filosofar ha de conceder importancia a la cuestión de en qué medida el pensamiento que se estudia satisface la pretensión de verdad. De igual manera, al filosofar, hay que entablar diálogo con los otros pensadores, para ver errores y aciertos y así establecer una polémica filosófica que sirva de estímulo para un esclarecimiento metódico. Aunque los temas sean comunes, el modo de captar los temas -es decir, el método- no lo es; de ahí que Polo afirme

¹ S. AGUSTÍN, *Confesiones*, Madrid, Aguilar, p. 110.

que el dialogo que se entable con los otros pensadores ha de versar, específicamente, sobre el *método*.

Leonardo Polo comienza su trabajo exponiendo la teoría del conocimiento, porque ve una serie de confusiones en torno al conocimiento humano y a la conciencia cognoscitiva. Pero ¿cuál es el hilo conductor, que tras la sombra de Ockham, ha llevado a este confusionismo? El profesor Falgueras indica que encontraremos el hilo conductor que desenredará tal "enmarañamiento" cuando logremos deshacer el empeño en querer identificar sujeto y objeto.

Para deshacer esta identificación hay que partir del hecho de que el conocimiento siempre es acto y de que en el hombre aparece el carácter de acto como operación. Siendo esto así, el cognoscente y lo conocido son uno en acto pero sin estar implicados el uno en el otro, porque si admitiésemos tal implicación, caeríamos en el subjetivismo. Aquí cabe preguntar: si no hay implicación, ¿qué ocurre en ese acto respecto al objeto y al sujeto?

Polo aporta unos hallazgos que esclarecen este interrogante. Respecto del objeto dirá que el acto de conocer introduce la presencia mental y presenta lo conocido como en *ob-jectum*, como algo que está ante mí, pero fuera del tiempo. Como el objeto no se presenta a sí mismo, sino que soy yo el que lo objetivo, hay que darse cuenta de que el objeto ni es causado, ni tiene actividad dentro de la mente o fuera de ella; sino que el objeto es pasivo. Respecto al sujeto afirmará que el pensante, por el contrario, es activo; la primera operación de la mente es la abstracción. La abstracción da presencia a lo real, realizándolo, pero con la abstracción se pierde la actividad del cognoscente.

En definitiva, el objeto es pasivo mientras que el cognoscente es activo: he aquí una razón por la que sujeto y objeto no pueden ser identificados. De otra parte, encontramos que la abstracción provoca un doble oscurecimiento: el de la realidad misma de lo conocido, y el de la actividad del cognoscente. Veamos esto.

- Un oscurecimiento de la realidad misma de lo conocido, porque presenta lo conocido como estático; al objetivar detenemos las cosas, igual que hace una foto; al detenerlas, desconocemos su historia e ignoramos la verdadera realidad de la esencia del mundo.

- Un oscurecimiento de la actividad del cognoscente, porque el cognoscente ilumina el objeto, y al iluminarlo parece que sea el objeto el que cause nuestro conocimiento; pero si esto fuese así, las operaciones que realiza el cognoscente quedarían ocultas y dejaríamos de conocer la actividad del cognoscente.

Este doble oscurecimiento induce a caer en la confusión de identificar sujeto y objeto, tropezando así con el *límite mental*, que supone quedarse en un conocimiento meramente objetivo: lo cual es un obstáculo. Entonces, hay que salvar este obstáculo y abandonar *el límite mental*, ya que es el *límite del conocimiento* el que obstaculiza al sujeto dejándolo anclado en el conocimiento objetivo. En la teoría del conocimiento Polo propone un nuevo método, que es axiomático: *El abandono del límite mental*; al ser conscientes de este *límite* y abandonarlo, se puede llegar a un conocimiento trans-objetivo, que sin duda alguna, es superior al meramente objetivo.

En resumen: con el método del abandono del *límite mental* es posible tanto llegar a un conocimiento trans-objetivo que permite alcanzar cotas más altas, como superar el confusionismo sujeto-objeto, que de la mano de Ockham, había llevado a la filosofía hasta un callejón sin salida.

2. La antropología trascendental

La antropología trascendental -como afirma el profesor Sellés- es la gran novedad y el gran descubrimiento poliano; un descubrimiento al que Polo arribará tras recorrer una larga trayectoria. Efectivamente, primero elabora la teoría del conocimiento y la metafísica, valiéndose para ello de

la primera y segunda dimensión de abandono del *límite mental*; la tercera y cuarta dimensión de abandono de dicho límite le permite llegar hasta la antropología arascendental que ofrece un estudio del ser humano y de Dios con un enfoque que difiere totalmente del metafísico.

Para Polo, igual que para Aristóteles, el ser no es unívoco; entonces el sentido del ser que corresponde al hombre desde el punto de vista metafísico, no es el mismo que el que le corresponde desde el punto de vista antropológico. En efecto, si nos acercamos a la historia de la filosofía vemos como los griegos estudiaron en principio la *physis* cósmica y posteriormente propusieron la *physis* humana; pero ni Platón ni Aristóteles con su *Metafísica*, llegan a estudiar al hombre como acto de ser. En este sentido Polo dirá que: "El ser humano no es un tema metafísico... Si entendemos al ser humano como un tema metafísico, se le enfoca de una manera oblicua y se reduce su importancia"². La metafísica estudia la principialidad del ser y tal principialidad ha de ser mantenida; no obstante, hay que tener en cuenta que a la metafísica no le incumbe el sentido del ser como persona.

Al reflexionar sobre el sentido del ser como persona nos damos cuenta de que la persona no es el qué, sino que la persona es el quién. Desde la antropología se puede llegar al quién ampliando los trascendentales metafísicos para conocer los trascendentales personales; luego, desde los trascendentales personales es posible conocer el acto de ser de la persona e inclusive alcanzar el acceso a Dios. Polo, por todo esto, afirma que la antropología es superior a la metafísica

2.1. El acto de ser del hombre y los trascendentales personales. En la persona humana hemos de distinguir entre la esencia y el acto de ser personal.

² POLO, L., *Epistemología, creación y divinidad*, Pamplona, Eunsa, 2014, p. 200.

2.1.1. La *esencia* es cocreada por Dios con el acto de ser, por tanto, esencia y acto de ser van unidos. El alma es la esencia del hombre y el cuerpo es, como la parte inferior de la esencia; entonces la parte superior de dicha esencia serían las potencias superiores -inteligencia y voluntad- y la *sindéresis*. De la *sindéresis* surge esa energía que va haciendo posible hacer crecer a esas potencias; la *sindéresis* es la que también se vincula con el cuerpo y lo vivifica.

No obstante, sería más preciso llamar al cuerpo *naturaleza*; una naturaleza que llegará a ser esencia perfeccionada en la resurrección de los cuerpos.

2.1.2. Atendiendo al *acto de ser*, Polo explica que "el ser personal es *además*... El *además* se descubre superando la actualidad, es decir, abandonando el límite mental... *Además* significa, propiamente hablando, ser *además* de lo actual; no ser actual, sino *además* de lo actual. Lo que es *además* de lo actual de tal manera que ser *además* significa coexistir"³. Es decir, el ser personal es *además*; mientras que el ser fundamental no lo es; y aquí cabe preguntar: ¿cómo llegamos al *además*?

El abandono del *límite mental* pone de manifiesto que el ser del hombre no se conmensura con el objeto pensado; por eso el ser del hombre es *además* del objeto y es coexistencia. Es decir, soy *además* de pensar; por consiguiente ya no nos vale el *cogito ergo sum* cartesiano, sino que habrá de corregirse tal formulación diciendo: *cogito además sum*.

Polo especifica que *además* es un adverbio que no tiene sentido sin el Verbo; y el Verbo es Dios. De ello se deduce que *además* es ese anhelo profundo de trascendencia que radica en el corazón humano, en lo más hondo de su intimidad. Es ese anhelo que siempre va a más, pero que nunca termina de alcanzarse. Y en tanto que el carácter de *además* se va incrementando porque la persona se acerca más al Verbo, la persona va

³ POLO, L., *Persona y libertad*, Pamplona, Eunsa, 2007, p. 133.

creciendo; por el contrario, cuanto más se aleja de Dios se va despersonalizando.

En lo referente a los trascendentales personales hay que señalar que son: la coexistencia, el conocer personal, el amar personal humano y la libertad.

a) La coexistencia. Al acto de ser personal Polo lo llama también coexistencia, intimidad, o acto de ser segundo. Co-existencia es ser-con y se dualiza porque está íntimamente unida a la libertad y, a su vez, abierta a la intimidad; de tal modo esto es así que el co-ser con otro está justificado por la libertad y la intimidad.

La coexistencia según la intimidad nos lleva a la *apertura interior*, pero la intimidad es precaria y carece de réplica; tal carencia es la soledad que caracteriza a la persona en su intimidad de tal manera, que ni el universo ni la propia vida, son una réplica adecuada. La persona al descubrir que esa carencia no puede ser definitiva, como es libre e inteligente, puede buscar; y aquí, en esa búsqueda, es donde entran en juego los otros trascendentales personales, que son: la transparencia intelectual y la estructura donal.

b) El intelecto personal. El intelecto personal se orienta hacia la búsqueda de Réplica, una Réplica que no alcanza, porque es trascendente. El intelecto personal también se dualiza porque busca tanto el origen, como el destinatario superior a él. A esa búsqueda se la ha llamado *orientación* porque es inabarcable y es hacia dentro; es más íntima a la persona que su propio coexistir. Lo que se busca es una persona que sea la Réplica, y que, por tanto, trascienda a la persona: en definitiva el intelecto busca a Dios y desde él a sí mismo. Y buscarse es superior a alcanzarse, ya que con la búsqueda el intelecto se eleva y la persona no se aísla de Dios sino que coexiste con El.

La búsqueda de Réplica es un tema que trasciende al método, es un acto actuoso, es un *sobrar sin consumarse*, que no necesita ser completado a nivel de esencia; esta búsqueda de Réplica pudiera compararse con la zarza ardiente del libro del *Éxodo*, que ardía sin consumirse.

c) La estructura donal del amar personal. Crear al hombre es donarle un ser personal; pero este don, coexistencialmente, se dualiza en aceptar y dar; pero a su vez, el dar y aceptar comportan el don. Dicho de otra manera: el don se encuentra entre el aceptar y el dar. El don de Dios es aceptado por la persona; esa aceptación por parte de la persona se traduce en dar; a su vez ese don humano busca ser aceptado por el Creador, porque de lo contrario estaría solo, aislado; por último esa búsqueda de aceptación pone de relieve el amar por parte del hombre. Y como el Creador acepta el dar humano se afirma que el aceptar es superior al dar.

Ahora bien la persona creada es incapaz de comunicar a su propio don carácter personal. Es decir, la persona no puede dar su propio acto de ser; por consiguiente en el hombre –el don- ha de entenderse a nivel de esencia: por eso el don humano se trueca en búsqueda de la transparencia divina.

d) La libertad. La libertad está íntimamente unida a la coexistencia de tal manera que puede decirse que son dos caras de la misma moneda. Hay que señalar que aunque la libertad se distingue de los otros trascendentales, también se convierte, con el intelecto personal y el amar donal; y siendo esto así, la libertad anima la búsqueda que corre a cargo de los otros trascendentales.

La libertad, a su vez también es dual, porque de ella tenemos dos sentidos: un sentido metódico: que es la libertad nativa y un sentido temático: que es la libertad de destinación. La libertad nativa es un

hábito innato, es originaria, y su extensión corresponde a los otros hábitos innatos; mientras que la libertad de destinación se convierte con la búsqueda intelectual y amorosa.

La libertad no hay que entenderla como libre albedrío, es decir, como un juego equilibrado entre la inteligencia y la voluntad, ni tampoco como fundada o como fundamento porque esto sería una filosofía reductiva que se queda en el plano de la esencia y no llega a conocer la libertad íntima y trascendental. Hay que ampliar, pues, este planteamiento y entender la libertad en el plano del acto de ser. En este sentido Polo, para superar y corregir los planteamientos de la Filosofía Medieval y Moderna, añade que la libertad personal de destino es irrestricta, es creciente, y ha de tener un fin. Una libertad así solo puede tener sentido en correspondencia con Dios; con un Dios que no es necesario, sino perfectamente libre. Y si Dios es libre de aceptar mi libertad personal, la correspondencia será suave y familiar; ciertamente será una libertad de dependencia, porque mi libertad es creada y la de Dios no; pero ambas tienen coherencia, las dos son libertades, las dos tienen una afinidad familiar personal; y así como la libertad humana es íntima y filial respecto a Dios, la de Dios con respecto a nosotros es paterna.

2.1.3. La filiación natural humana. Dado que en el hombre hay que diferenciar entre acto de ser personal y esencia, en el hombre cabe distinguir también entre filiación natural según esencia y filiación natural según acto de ser.

El hombre es hijo respecto de sus padres según naturaleza; es decir, que esta filiación se refiere a la esencia del hombre y sobre todo de la naturaleza humana en cuanto que orgánica, en cuanto corporeidad.

En lo que respecta a su acto de ser personal el hombre es hijo de Dios; es decir, tiene una filiación natural y nativa con respecto a Dios, porque Dios, le da el ser; y le da el ser de tal manera que cada persona es única e irrepetible.

Polo afirma que la expresión “el hombre es persona” equivale a la expresión “el hombre nace de Dios”; esto significa que el hombre es hijo de Dios y su ser personal es relación en el orden del Origen. Tanto para el mundo como para el hombre, el Origen es Dios⁴ ; y si el Origen es Dios, Dios es Creador. Al llegar aquí hay que señalar dos modos distintos de creación: la del mundo que es creado *ex nihilo*, y la del hombre que es creado *ex Deo*, es decir, a imagen y semejanza de Dios: por eso es persona; así que el hombre es hijo por ser persona, y lo es desde el inicio de su creación y de su concepción.

La exposición de los trascendentales personales pone de manifiesto esta filiación natural respecto a Dios, pero dicha filiación se patentiza más claramente si se añaden algunas puntualizaciones al respecto. En lo que se refiere a la libertad, aunque exista una dependencia del hombre respecto a su Creador, se puede ver como también se manifiesta una especial correspondencia entre la libertad divina y la de la persona humana; tal correspondencia establece una relación de carácter Paterno-filial.

En lo referente al conocer personal, el hombre en su apertura hacia el interior tiene una carencia que se convierte en búsqueda de réplica; esta búsqueda de réplica ha de completarse a nivel de acto de ser. El hombre es una transparencia creada, una *limpidez* orientada hacia la búsqueda de Dios. Polo dice textualmente: “Se busca una persona que ha de ser la Réplica y que, por tanto trasciende la persona humana, o es inabarcable por el intelecto personal... lo que llamo limpidez es luz atravesada de luz... Se busca una réplica de la transparencia que trasciende hacia dentro a la transparencia creada: es la transparencia del Hijo de Dios”⁵.

⁴ Cfr. SELLÉS, J.F., *Teología para inconformes*, Madrid, Rialp, 2019, p. 203.

⁵ POLO, L., *Antropología trascendental I*, en *Obras Completas*, Serie A, vol. XV, Pamplona, Eunsa. 2015.

En lo referente al amar personal, el dar y el aceptar han de ser transparentes, sin la transparencia no se puede hablar de la intimidad como apertura hacia dentro. Ahora bien, la persona humana no puede hacer de su amor un don trascendental porque por lo expuesto queda claro que el hombre no puede dar su propio acto de ser. Entonces pudiera decirse que el amor en la persona está en estado de espera ya que, ofrece ese don y a la vez espera que ese don sea aceptado; de ahí que su amar se trueque en la búsqueda de la transparencia divina, en la búsqueda de Dios.

3. El acceso a Dios

Es cierto que a través de la historia de la filosofía se ha planteado el tema de la existencia de Dios, pero no con el *método* más adecuado. Desde la metafísica se han aducido muchas pruebas; en este sentido tenemos, además de las cinco vías tomistas, una serie de pruebas cosmológicas, teleológicas, ontológicas.

En lo referente a las pruebas cosmológicas vemos como el argumento de los escolásticos parte de la constatación de la contingencia de las cosas sensibles para deducir, después, la existencia de una causa primera; es decir, la necesidad relativa de lo contingente nos revela la necesidad absoluta de lo necesario.

El argumento teleológico de W. Paley parte de la armonía de las cosas existentes para llegar a la existencia de una causa inteligente responsable del orden del universo.

El argumento ontológico que S. Anselmo expone en el *Proslogión*, argumenta que la idea de un ser perfecto implica necesariamente su existencia, porque un ser que exista tanto en la mente como en la existencia, es mayor que uno que solo exista en la mente. Lo expresa así: "Señor, no eres solo aquel mayor que el cual nada puede ser pensado, sino que también eres algo mayor que lo que puede ser pensado. Ya que puesto que puede ser pensado que exista algo así, si tu no eres esto

mismo, puede entonces pensarse algo mayor que tu; lo cual no puede darse”⁶.

En lo que respecta a las cinco vías tomistas, vemos la demostración de la existencia de Dios como primer motor, como causa primera, cómo primero en el orden de la necesidad del que dependen los entes contingentes, como primero en el orden de las participaciones puras y como ordenador.

Con lo expuesto en estas pruebas se puede a ver que desde la metafísica se accede a Dios como *Identidad originaria*, lo cual, es algo que le corresponde por antonomasia. Y también queda claro: que la metafísica entiende a Dios como Ser fundamento, como Simplicidad, como Unidad.

Y es cierto, Dios es Origen; pero si nos quedamos solamente en el Origen, Dios será un Ser lejano, distante, distinto; con la metafísica no nos acercaremos al Dios personal que ve, escucha y conoce los sufrimientos de su pueblo; ni encontraremos al Dios que habla a Moisés prometiéndole liberación; ni tampoco al Dios de la Alianza, tan entrañablemente cercano que muestra sus rasgos de Fidelidad, Ternura y Misericordia⁷.

Para acceder a Dios como Ser Personal se ha de recurrir a la antropología, que partiendo de los trascendentales personales, llega a un Dios que no es un Ser solitario sino que es coexistente; y si es coexistente es Persona, y si es Persona ha de ser relacional, y si es relacional ha de ser pluripersonal y si es pluripersonal, podrá dialogar con las otras personas divinas y también con el hombre.

⁶ S. ANSELMO, *Proslogión*, Pamplona, Eunsa, 2008, p. 51.

⁷ La alianza señala los compromisos de Dios con el hombre. En el Antiguo Testamento se narran tres alianzas: con Noé cuyo signo cósmico es el arco iris; con Abraham al que promete descendencia y la posesión de la tierra; con Moisés al que promete la liberación del pueblo y una nueva tierra. La alianza se desarrolla y se va extendiendo a todo el universo; ya en el Nuevo Testamento, en Cristo, se manifiesta la Nueva Alianza. En Éxodo 34,6 encontramos un texto muy revelador de los rasgos de Dios: Dios de Ternura y de gracia, lento para la ira, rico en Misericordia y Fidelidad, que perdona y que castiga la iniquidad.

En consecuencia desde la metafísica Polo accede a Dios como Origen como Unidad o simplicidad, y desde la antropología accede a Dios de una manera que manifiesta su pluripersonalidad. De esto se deduce, una compatibilidad entre la unidad divina y su pluripersonalidad; es decir, entre un único Dios y las personas divinas.

Como queda expuesto, la antropología trascendental permite un acceso a Dios también por la vía de la razón, pero añadiéndole rasgos que tienen mucho en común con el Dios Revelado. ¿Por qué? Porque como es Persona tiene que relacionarse con las otras personas divinas y también con nosotros, que hacia él, tenemos una filiación natural.

Con la antropología accedemos a un Dios Persona que no tiene nada que ver con Aquel tan lejano que hasta ahora había presentado de la filosofía; al contrario, es un Dios con el que podemos encontrarnos, dialogante, acogedor, acorde con las palabras de Isaías que lo describen como tiernamente amoroso: "¿Puede una madre olvidarse de su criatura o dejar de querer al hijo de sus entrañas? . Pues aunque ella se olvide, yo no te olvidaré"

Ahora bien, desde la antropología no podemos conocer cuantas sean las personas divinas ni cual sea su nombre; habrá que acudir a la teología sobrenatural para saber que ese Dios es tripersonal y que las tres personas se denominan: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Es decir, que Dios es Uno y Trino.

Por teología también sabemos que entre las tres Personas divinas hay una comunión infinita denominada *Perichoresis* o *circuminsessio* y que esta *Perichorésis* o comunión infinita no es otra cosa que el Amor. Ahora bien el Amor Trinitario no hay que entenderlo como función contemplativa, sino como verdadera interpenetración activa. Las tres Personas divinas se aman, no para buscar su perfección, sino que en su perfección, se aman con una gratuidad total; no es un Amor posesivo (*Eros*) sino un amor oblativo, de intercomunión total (*Ágape*).

De otra parte, aceptando la Revelación divina, y poniéndola en relación con los trascendentales personales se puede ver:

a) Como las virtudes teologales son una elevación de dichos trascendentales; en este sentido la esperanza es una elevación de la libertad, la fe es una nueva forma del conocer personal y la caridad es una elevación del amar personal.

b) Partiendo de dichos trascendentales podemos encontrar una imagen de la Trinidad. A este respecto el profesor Sellés afirma: "Desde la coexistencia libre se alcanza a saber que en Dios existe más de una Persona, que las Personas divinas son coexistentes y libremente vinculadas. Desde el conocer personal se nota que las Personas divinas son mutuamente cognoscentes... y desde el amor personal humano, el cual es triádico-dar-aceptar-don-, se barrunta que una de las Personas divinas es Dar, otra Aceptar y otra Don... El Padre se asemeja al Dar, El Hijo al Aceptar y el Espíritu Santo al Don. De modo que en Polo cabe hablar de un cierto cambio de nivel en el modo de encarar el misterio trinitario... del metafísico al antropológico; o sea del ejercicio del *hábito de los primeros principios al conocer personal*"⁸.

A su vez, nosotros, como personas que coexisten conocen y aman, reflejamos también la *Perichorésis* Trinitaria. Es un camino de ida vuelta que pone de relieve tanto la filiación sobrenatural adoptiva, como nuestra filiación natural respecto a Dios. El hombre, ha sido creado por Dios de una manera muy especial, tan especial que se distingue de los otros seres; en definitiva, el ser humano ha sido hecho a imagen semejanza divina.

⁸ SELLÉS, J.F., *Teología para inconformes*, Pamplona, Eunsa, 2019.

4. Conclusiones

1ª. Polo descubre el acceso a Dios desde los trascendentales personales. Este planteamiento supone una novedad y una aportación de la que se puede sacar partido también desde el punto de vista teológico.

2ª. Desde la antropología, se puede afirmar que el intelecto personal se orienta hacia dentro en la búsqueda de una Réplica que lo hace trascender y que a la vez, lo impulsa hacia una mayor apertura a Dios y cuanto mayor sea su apertura hacia Él, mayor será su crecimiento personal. Tanto la búsqueda de Dios como el crecimiento personal siempre van en aumento y son inagotables.

3ª. Quisiera resaltar la afirmación que Polo hace en su obra *Epistemología, creación y divinidad* indicando que dicha obra supone una recapitulación de su filosofía y una orientación hacia la cristología; en ella también se subraya la marcada afinidad que existe entre su comprensión de la filosofía y el saber cristológico.

4ª. Polo supone una nueva aportación, que corrigiendo todo el pensamiento moderno, contribuye a la justa y equilibrada relación entre la verdad revelada y el saber filosófico. Este equilibrio fe-razón cumple dos objetivos: de una parte, complementa al que se consiguiera en la época del Medievo; de otra, supone una salida y una respuesta a la encrucijada que la filosofía, desde la época Moderna, tenía planteada.

5ª. Como final, indicar que la antropología trascendental redundará en beneficio de cada persona interesada en conocerla porque, sin duda, plantea nuevos enfoques que contribuyen a la reflexión, a la prosecución, al crecimiento personal, y al estudio.

5. Bibliografía:

- AA.VV. *Diccionario Teológico*, Estella, Verbo Divino, 1996.
- Alonso Schökel, L., *Biblia del Peregrino*, Estella, Verbo divino, 2003.
- Amato, A., *Jesús el Señor*, Madrid, BAC., 1998.
- Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1998.
- Juan Pablo II, *Fides et ratio*, Madrid, Ed. San Pablo, 1998.
- Polo, L., *Epistemología, creación y divinidad*, Pamplona, Eunsa, 2014.
- Polo, L., *Persona y libertad*, Pamplona, Eunsa, 2007.
- S. Agustín, *Confesiones*, Madrid, Aguilar, 1961.
- Sellés, J.F., *Teología para inconformes*, Madrid, Rialp, 2019.